

Globethics Repository



El latido del texto [The Heartbeat Of The Text]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Ortiz Naranjo, María Nancy
Publisher	CLACSO
Rights	With permission of the license/copyright holder
Download date	2026-09-07 09:20:02
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/154792

El latido del texto

Juegos de saber, poder y resistencia en la escritura académica en ciencias humanas

María Nancy Ortiz Naranjo

Resumen

El presente trabajo pretende problematizar el régimen de verdad sobre la escritura académica en el que se inscriben las prácticas de escritura y publicación —así como el conjunto de reglas de saber y poder que este despliega— por medio de un análisis discursivo que parte del artículo como texto privilegiado de dicho régimen, en cuya superficie es posible captar las relaciones de fuerza que favorecen la emergencia de la resistencia. A lo largo de la reflexión se plantea una posición del discurso como espacio en el que la vida irrumpe, como condición para la creación y transformación del pensamiento a partir de una mirada que reactiva el valor de la retórica como teoría de la argumentación. Lo ante-

Abstract

This working paper problematizes the truth regime concerning academic writing in which writing and publishing practices are inscribed – as well as the set of rules of knowledge and power that are displayed by such regime – through a discursive analysis based on article, as a privileged text of this regime on whose surface it is possible to capture the power relations favouring the emergence of resistance. During reflection I pose the speech as a space in which life erupts as a condition for the creation and transformation of thought, from a gaze that reactivates the value of rhetoric and argumentation theory. The above is possible due to the configuration of the

i+c

Año II
Nº 2
Enero
Junio
2015

rior es posible gracias a la configuración de la imagen del texto académico como un cuerpo vivo —que palpita, circula, respira, digiere, metaboliza y desecha—, un cuerpo lleno de movimiento. Este trabajo constituye un avance de la tesis doctoral “Escribir en ciencias humanas. Juegos de saber, poder y resistencia en la escritura académica” (Publicaciones Universidad de Antioquia).

image of academic text as a living body, which throbs, flows, breathes, digests metabolises and excretes, a body full of movement. This study is an advance of the doctoral thesis: “Writing in the humanities. Games of knowledge, power and resistance in academic writing. Publications University of Antioquia”.

The Heartbeat Of The Text

Games of knowledge, power and resistance in academic writing of human sciences

i+c

Año II
Nº 2
Enero
Junio
2015

MARÍA NANCY ORTIZ NARANJO

María Nancy Ortiz Naranjo

Profesora de Tiempo Completo de la Universidad de Antioquia, Colombia, Candidata a Doctora en Ciencias Humanas y Sociales, Universidad Nacional de Colombia, Integrante del Grupo de Investigación *Somos Palabra: formación y contextos*, Magíster en Educación de la Universidad de Antioquia. Becaria CLACSO-ASDI 2012-2013, Concurso “El estado de las ciencias sociales en América Latina y el Caribe en el mundo contemporáneo”.

Full-time Professor at the University of Antioquia, Colombia. PhD. Candidate in Humanities and Social Sciences, National University of Colombia. Member of the Research Group “Somos palabra: education and contexts”. Masters in Education from the University of Antioquia. CLACSO-ASDI 2012-2013 Fellow, Contest “The state of the social sciences in Latin America and the Caribbean in the contemporary world.”

Palabras clave

1| Escritura académica 2| Ciencias humanas 3| Discurso 4| Argumentación
5| Resistencia

Keywords

1| Academic writing 2| Human Sciences 3| Speech 4| Argument
5| Resistance

Cómo citar este artículo [Norma ISO 690]

ORTIZ NARANJO, María Nancy. El latido del texto. Juegos de saber, poder y resistencia en la escritura académica en ciencias humanas. *Revista latinoamericana de investigación crítica*, (2): 137-156, primer semestre de 2015.

El latido del texto

Juegos de saber, poder y resistencia en la escritura académica en ciencias humanas¹

La academia participa de la crisis de la Modernidad constituida a partir de la fe ciega en el objetivismo y la especialización, que la lleva a equiparar de manera exclusiva ciencia, conocimiento y verdad, y a plantearlos como la solución a los grandes problemas de la humanidad, desde la concepción de un progreso lineal y ascendente.

Lo anterior es reforzado por la incursión en el ámbito académico de discursos tecnocráticos, con un planteamiento de calidad que promueve la homogenización, la estandarización, la competitividad, el consumo y, en términos generales, la voluntad de circulación de un *pensamiento único* vinculado con la idea de que sólo lo medible, cuantificable, verificable y objetivable puede producir ciencia.

Desde esta lógica, se instaura el requerimiento de universalidad en los procedimientos y resultados de una actividad investigativa que busca *la* verdad en relación con un problema determinado, verdad que sólo una ciencia universal, objetiva y neutral puede alcanzar. Esta condición, en numerosas ocasiones, la distancia de la cotidianidad y de la experiencia concreta de los sujetos y sus contextos socioculturales.

Es así como la escritura académica se ve inscrita en las reglas de un juego de saber-poder que descalifica ciertas formas discursivas y privilegia otras, con el interés de uniformar la producción académica y de ajustar las publicaciones a estándares internacionales. En este contexto particular se sitúan las publicaciones universitarias,

1 Este artículo forma parte de los resultados de la investigación *Escribir en Ciencias Humanas. Juegos de saber, poder y resistencia en la escritura académica. Publicaciones Universidad de Antioquia (1985-2010)*. Programa de Becas CLACSO-Asdi de promoción de la investigación social 2009-2012 para investigadores de América Latina y el Caribe, Concurso "El estado de las ciencias sociales en América Latina y el Caribe en el mundo contemporáneo".

por medio de las cuales se pretende poner en circulación el conocimiento producido en la universidad y en otros ámbitos académicos. Estas publicaciones se encuentran atravesadas por prácticas discursivas en las que es posible interpretar un régimen de verdad sobre aquello que puede o no llamarse escritura académica. Pero, como veremos más adelante, en esos juegos discursivos es posible también ubicar tensiones, discontinuidades y puntos de fuga que dejan entreabierta la puerta para la resistencia a tal régimen.

En el campo de las ciencias humanas, caracterizadas por una larga tradición de escritura y lectura de libros, la publicación de artículos viene erigiéndose como un imperativo². En dicho campo, ha sido evidente la adaptación a los criterios del modelo de indexación de las revistas de ciencias experimentales y del campo de la salud³. “Publicas (en revistas indexadas), luego existes”, entonces... “¡hay que publicar, hay que publicar más!” parece ser la frenética consigna.

En este sentido, luego de retomar el reconocido lema de “publicar o morir”, Marina Garcés advierte que, “en los campos ‘de letras’, podríamos variar los términos de la alternativa: ‘¿Escribes o publicas?’ sería el chiste que retrata la situación dramática de tantos ‘académicos’, no sólo filósofos, que deben optar entre escribir para publicar dentro del marco establecido para ello o escribir lo que realmente necesitan pensar” (Garcés, 2013: 33-34).

Si bien es cierto que, después de todo, las ciencias humanas siguen siendo espacios fecundos para la pluralidad narrativa, ensayística y de otras formas discursivas —que no necesariamente equivalen

2 En este sentido, Pablo Kreimer afirma que “muchos investigadores de las ciencias sociales han defendido en los últimos años el predominio del *paper* como forma privilegiada de manifestar los resultados de las investigaciones, por sobre los libros. Y muchos de quienes sostienen esta posición suelen ejercer el liderazgo en diversos campos académicos e, incluso, en muchos programas de doctorado de ciencias sociales se estimula a los estudiantes para que sus tesis de doctorado consisten de un conjunto de artículos relativamente cortos, con los requisitos como para ser aceptados por las revistas internacionales de referencia en cada campo. Sin embargo, en términos cognitivos, la estructura del *paper* y la de un libro son radicalmente diferentes: en un artículo es posible desarrollar una idea, o un puñado de ideas, y/o mostrar la evidencia empírica que la/s sostiene. Pero por lo general resulta imposible presentar una teoría novedosa, que abarque cuestiones antes no abordadas o, más aún, que ponga en cuestión los marcos analíticos más corrientes. Esto último requiere de un desarrollo conceptual, analítico, metodológico y aún empírico mucho mayor, y es difícilmente resumible en unas veinte páginas” (Kreimer, 2011: 73).

3 Por ejemplo, la estructura generalizada del artículo de investigación científica —sintetizada en la sigla IMRAD (Introduction, Methods and Materials, Results, and Discussion: Introducción, materiales y métodos, resultados y discusión)—, proviene del Comité Internacional de Editores de Revistas Médicas (ICMJE).

a las estructuras y sintaxis del artículo científico—, las condiciones y los tiempos en los que se plantea la financiación de las investigaciones, los criterios exigidos para que un grupo de investigación se registre, adquiera un puesto en el escalafón y, en definitiva, exista para las instancias de regulación, así como los criterios de arbitraje e indexación de las revistas, parecieran impulsar la escritura en ciencias humanas hacia la homogenización y estandarización.

Pues bien, uno de los propósitos de este trabajo es argumentar que esto no es del todo así, dado que allí mismo —en el terreno del discurso, en donde las relaciones de poder y saber parecieran “cerrar” la producción en aras de la homogeneidad—, allí mismo acontece la posibilidad de una resistencia que es creación, movimiento y fuerza, impulso hacia la renovación o, al menos, hacia otras alternativas.

Ciencias humanas: ¿una sola racionalidad, una sola escritura?

“¿Debemos juzgar a la razón? A mi modo de ver nada sería más estéril. En primer lugar porque este ámbito nada tiene que ver con la culpabilidad o la inocencia. A continuación porque es absurdo invocar la ‘razón’ como entidad contraria a la no razón. Y por último porque semejante proceso nos induciría a engaño al obligarnos a adoptar el papel arbitrario y aburrido del racionalista o del irracionalista.”

Michel Foucault (1990: 96-97)

La denominación de *ciencias humanas*, en palabras de George Marcus y Michael Fisher, “es más amplia e incluyente que la tradicional de ‘ciencias sociales’”, en la cual “se impugna sobre todo el afán de organizar las disciplinas en marcos abstractos generales que abarquen y guíen todos los esfuerzos de investigación empírica” (Marcus y Fisher, 2000: 27). Desde luego, este afán responde a una búsqueda de estatus científico en el marco de la Modernidad occidental, y nos remite a la emergencia de estas ciencias en el siglo XIX.

Esto coincide, según Wolf Lepenies, con la crisis del Romanticismo, que “ya había sido una reacción contra la conversión en ciencia y la politización de la literatura por parte de los *philosophes* del período de la Ilustración; ahora regresaba el péndulo en su oscilación y por lo menos una parte de quienes rompían con el Romanticismo se volvieron esclavos de la fe en la ciencia” (Lepenies, 1994: 78). En este contexto se produce entonces la voluntad de separar taxativamente

discurso científico y discurso literario. El primero no podía ya embelesarse con formas artificiosas, sino que debía representar fielmente sus referentes; es decir, era ahora su menester producir un tipo de escritura que no adornara (disfrazara), sino que reflejara los objetos que las ciencias estudiaban. De modo que los textos de la academia debían atender a criterios “naturalistas” y “no retóricos” (*cfr.* Lepenies, 1994: 11). Este desprecio por la retórica —y su asociación con el artificio, el disfraz y la falsedad— tiene una larga tradición en Occidente⁴.

Desde esta óptica, el lenguaje vendría a ser el *ropaje de la verdad*, una verdad que el investigador debería esforzarse por captar en su forma más pura, más *desnuda*, una que debería pronunciarse sin ornamentos ni accesorios retóricos. De allí la concepción del conocimiento como develación, como un meticuloso proceso que consistiría en quitar los disfraces con los que el lenguaje envuelve la verdad. Tal vez, en esta perspectiva, pueda entenderse el recelo que —de acuerdo con Hans Blumenberg— se despliega en torno al discurso verbal, no en vano este mismo autor plantea que “si Protágoras hubiese podido comunicar sus pensamientos de otro modo que con el lenguaje, por ejemplo con la mirada, no habría puesto ni una sola palabra en sus labios” (Blumenberg, 2003: 116).

Este tipo de vínculo entre realidad, representación y lenguaje en el que el acceso al conocimiento es entendido como develación, ha gozado de una posición privilegiada en la configuración epistémica de la Modernidad. No obstante, la idea de que el lenguaje científico constituye el instrumento autorizado para operar el reflejo preciso, objetivo y directo de la realidad —y de este modo captar la esencia de las cosas— es susceptible de cuestionamiento. Que en el siglo XX la ciencia se encontrara con que aquello que había nombrado anteriormente como átomo (*a=sin, tomo=división*)⁵ fuera, efectivamente, “divisible”, es prueba de ello. Más que un error que la ciencia contemporánea tuviera que corregir, lo que esto nos muestra es, más bien, que la línea que conecta *las palabras y las cosas* no es directa ni continua, y que los tra-

4 La “nueva retórica” consiste en una revaloración de la retórica en tanto que teoría de la argumentación; en este sentido, Chaïm Perelman y Lucie Olbrechts-Tyteca afirman que “debemos sublevarnos contra esta concepción que se encuentra en el origen de la degeneración de la retórica, de su esterilidad, de su verbalismo y del desprecio que ha inspirado finalmente. Nos negamos a separar, en el discurso, la forma del fondo, a estudiar las estructuras y figuras de estilo independiente del objetivo que deben cumplir en la argumentación” (Perelman y Olbrechts-Tyteca, 1989: 231).

5 La palabra átomo proviene del latín *atōmum*, y este del griego *ἄτομον* (Real Academia Española, 2001).

zos que se dibujan en el recorrido entre unas y otras dejan ver diversos movimientos en los órdenes del discurso científico.

Ninguna lengua tiene el poder de asir absolutamente o esencialmente las cosas que pretende representar, de modo que el vínculo entre las palabras y las cosas es siempre aproximativo. Lo anterior sugiere la procedencia de una posición en la que la relación entre lenguaje y realidad no es diáfana sino, más bien, una relación marcada por la opacidad y la imprecisión, que no refleja directamente las cosas. En efecto, así lo plantea Friedrich Nietzsche en el texto *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral* —escrito en 1873— donde advierte que “la cosa en sí (esto sería justamente la verdad pura y sin consecuencias) es también totalmente inaprehensible” (Nietzsche, 1970: 549).

El ideal del reflejo puede captarse en la exhortación de estandarizar la forma del artículo académico de tal modo que no quede en él lugar para accesorios discursivos que confundan al lector en el camino de encuentro con el contenido. Se trata de un divorcio entre forma y contenido, en el que el lenguaje es asumido como medio *para* apropiarse del mundo y comunicarse (en la acepción de intercambio de información) de manera eficaz, y el texto constituye un *producto*.

Tal es la racionalidad que pretende erigir el régimen de escritura académica. Pero no hay un solo modo de razonar⁶, como tampoco puede haber un solo modo de escribir. Esto, en tanto entendamos que la escritura no constituye una etapa posterior al proceso de pensamiento, como si quien investiga escribiese para informar aquello que ha pensado previamente.

Alguien hace una investigación y entonces la narra, la cuenta, la escribe, pero esta experiencia no existe por fuera de tal puesta en narrativa; es allí, en ese terreno en el que la experiencia tiene lugar como acontecimiento en una operación mimética que abre lo ficcional⁷. Esta mimesis implica la entrada en escena de una trama, y con ella la de una narrativa que da secuencialidad y temporalidad al discurso.

6 De modo que este no es un cuestionamiento a la razón en abstracto porque, como dice Michel Foucault, “los que se resisten o se rebelan contra una forma de poder no pueden satisfacerse con denunciar la violencia o criticar una institución. No basta con denunciar la racionalidad en general. Lo que hace falta volver a poner en tela de juicio es la forma de racionalidad existente” (Foucault, 1990: 139).

7 Para Paul Ricœur, el concepto de *mimesis* “nos recuerda que ningún discurso puede suprimir nuestra pertenencia a un mundo. Toda mimesis, incluso creadora, sobre todo creadora, se sitúa en el horizonte de un ser en el mundo al que ella hace presente en la medida misma en que lo eleva a *mythos*. La verdad de lo imaginario, el poder de detección ontológica de la poesía, es precisamente lo que yo veo en la mimesis de Aristóteles” (Ricœur, 2001: 65).

Cuando damos vida a un texto ponemos en juego diferentes racionalidades. El acto de pensar es un acto creativo y recursivo que implica la activación de racionalidades indiciales⁸ (Ginzburg, 1994), analógicas, literarias, simbólicas (*cf.* Knorr Cetina, 2005) y argumentativas (Perelman y Olbrechts-Tyteca, 1989). En suma, dar vida a un texto, lo veremos más adelante, es un acto complejo de producción y creación.

Un juego discursivo de saber, poder y resistencia

“El gran juego de la historia, es quién se amparará de las reglas, quién ocupará la plaza de aquellos que las utilizan, quién se disfrazará para pervertirlas, utilizarlas a contrapelo, y utilizarlas contra aquellos que las habían impuesto; quién, introduciéndose en el complejo aparato, lo hará funcionar de tal modo que los dominadores se encontrarán dominados por sus propias reglas.”

Michel Foucault (1992: 18)

El juego de la escritura académica, como cualquier juego, posee reglas y ordenamientos concretos, en cuyas relaciones reverbera una verdad. No hay, necesariamente, un orden para todos los discursos, pero en cada discurso existe siempre un orden, que es planteado en el prefacio de *Las palabras y las cosas* como una especie de red según la cual se miran unas cosas con otras, un orden silencioso de relaciones que “no existe a no ser a través de la reja de una mirada, de una atención, de un lenguaje” (Foucault, 2010: 13). Tomar distancia de determinado orden del discurso, *desnaturalizarlo*, quitar su “transparencia inicial” permite comprender que “estos órdenes no son los únicos posibles ni los mejores” (2010: 14).

Esto implica entender el discurso como acontecimiento y no simplemente como un asunto lingüístico que pueda o no hacerse coherente con las prácticas, porque un discurso —desde esta perspec-

8 Carlo Ginzburg afirma que distintos saberes y disciplinas sobre lo humano (entre los que hace contar la medicina, la identificación de la letra manuscrita y la literatura policial), antes del impulso cientifista del siglo XIX, compartían un paradigma “cinegético, adivinatorio, indicial o sintomático. Está claro que esos adjetivos no son sinónimos, aunque remitan a un modelo epistemológico común [...] estaban unidas por un sutil parentesco: todas ellas nacían de la experiencia, de la experiencia concreta. Este carácter concreto constituía la fuerza de tal tipo de saber” (Ginzburg, 1994: 155) del que participan elementos imponderables tales como el olfato, el golpe de vista y la intuición (1994: 163).

tiva— es en sí mismo una práctica⁹. Aquí es importante asumir la imagen del juego no como una estructura dada o como un sistema con significaciones previas al acontecimiento discursivo, porque el análisis de juegos discursivos no consiste en hacer que el mundo nos muestre “su cara legible que no tendríamos más que descifrar” (Foucault, 2005: 53); tampoco en encontrar una significación oculta, un sentido originario, un fondo.

Pero cuando hablamos de juegos de saber y poder, lo hacemos desde una óptica en la que el segundo no cumple un papel meramente restrictivo, sino también impulsor y productivo. Las relaciones de poder tienen lugar en tanto constantemente nos vemos involucrados en situaciones en las que intentamos, de un lado u otro, conducir la conducta de los demás y, en función de ello, se ponen en marcha —no siempre conscientemente— juegos estratégicos.

De este modo, asumimos que el poder no es algo que posea un alguien de “alto mando” como si fuera una propiedad u objeto que usa para generar una represión sin salida sobre otro sujeto, sino que más bien lo entendemos como formas de relaciones productivas que son móviles e inestables (*cfr.* Foucault, 1994: 405).

Estas relaciones productivas implican las relaciones de saber, “si el poder no es una simple violencia, no sólo es porque en sí mismo pasa por categorías que expresan la relación de la fuerza con la fuerza (incitar, inducir, producir un efecto útil, etc.) sino también porque, en relación con el saber, produce verdad, en la medida en que hace ver y hace hablar. Produce lo verdadero como problema” (Deleuze, 1987: 112).

Si bien las relaciones de poder tienden a reproducir ciertas reglas sobre lo que un régimen de verdad considera “normal”, frente a este papel normalizador siempre está la posibilidad creativa de la resistencia para mover, desinstalar y transformar estas reglas, y con ello crear y mantener con vida diferentes tensiones que, a su vez, evitan que las relaciones de poder se fijen y se perpetúen. Es también desde esta perspectiva que Foucault (1992: 170) plantea que el hecho de “que no se pueda estar ‘fuera del poder’ no quiere decir que se está de todas formas atrapado”.

En esta vía, la resistencia no consiste en una operación reactiva que se oponga en bloque a determinada relación de poder; la re-

9 Michel Foucault plantea que los discursos son “prácticas discontinuas que se cruzan, a veces se yuxtaponen, pero que también se ignoran o se excluyen” entre sí (Foucault, 2005: 53).

sistencia es, más bien, una forma de trastocar sagazmente las reglas de un juego de saber-poder, que parte de la mirada crítica que ha seguido al detalle la compleja red de estrategias que compone dicho juego, y que por lo tanto no se plantea totalmente por fuera de éste para conseguir trastocarlo. De modo que no cualquier conducta que se oponga a un mecanismo de poder puede llamarse resistencia.

Lo anterior da pie para afirmar que no hay coerción absoluta si se encuentra una salida diferente a las que están taponadas por el poder; para hacerlo, es necesario poner en marcha la creatividad y la inventiva, encontrar una fuga para respirar cuando se experimenta la asfixia dentro del régimen, para desplegar la vida. Es cierto que “las relaciones de poder pueden penetrar materialmente en el espesor mismo de los cuerpos” (Foucault, 1992: 156), pero también lo es el hecho de que los mismos cuerpos tienen la posibilidad de convertirse en lugares de resistencia.

Reglas para una escritura *normal*

“Diferentes, los cuerpos son todos algo deformes. Un cuerpo perfectamente formado es un cuerpo molesto, indiscreto en el mundo de los cuerpos, inaceptable. Es un diseño, no un cuerpo.”

Jean-Luc Nancy (2007: 21)

Para el discurso de la escritura académica no solo es normal, sino además indispensable, la voluntad de ocultamiento de la experiencia en la escritura. Quien escribe debe, lo dirá Michel Foucault acerca de lo impuesto al historiador, “hacer callar sus preferencias y superar sus aversiones, desdibujar su propia perspectiva para sustituir una geometría ficticiamente universal, imitar la muerte para entrar en el reino de los muertos, adquirir una cuasiexistencia sin rostro y sin nombre” (Foucault, 1992: 23).

En aras de alcanzar tal *geometría universal*, el texto debe ocultar cualquier filiación corporal. Desde esta perspectiva, el enunciador se planta, cual narrador omnisciente, en un lugar desde el cual tiene el poder de observar, mientras él mismo no puede ser observado. De acuerdo con Santiago Castro-Gómez (2005: 27), el sujeto “supone la adopción de un punto de vista fijo y único, es decir la adopción de una mirada soberana que se encuentra fuera de la representación [...] la perspectiva, en suma, otorga la posibilidad de tener un punto de vista sobre el cual no es posible adoptar ningún punto de vista”.

A este lugar epistémico de producción de conocimientos Santiago Castro-Gómez le da el nombre de “la hybris del punto cero”. Desde esta lógica, los saberes toman un lugar en los niveles de un desarrollo que adopta la forma de una escalera “que va desde lo tradicional hasta lo moderno, desde la barbarie hasta la civilización, desde la comunidad hasta el individuo, desde la tiranía hasta la democracia, desde lo individual hasta lo universal, desde oriente hasta occidente” (Castro-Gómez, 2005: 28). En esta imagen del desarrollo como escalera unos producen teoría y otros la siguen o la aplican. En los más altos peldaños están los modelos teóricos de carácter universal. Así, los resultados legítimos de investigación serán aquellos que provengan de la aplicación de un método validado en la cúspide, nunca en la experiencia del sujeto (que no tiene una inscripción cronológica definida), por más que se sospeche que, en el fondo, es decisiva en la percepción y la comprensión de los problemas planteados.

Cuando menciono la noción de *experiencia* no me refiero a esta como “experimento” o como un tipo de constatación empírica, tampoco como vivencia que reafirma la identidad del sujeto. Aludo, más bien, a una experiencia como acontecimiento límite que transforma y descentra al sujeto de la enunciación, que lo “desubjetiva” (cfr. Foucault, 2009: 11-12), como condición necesaria de la producción de un saber¹⁰ que se funde con lo ético-estético. Se trata de, en palabras de Michel Foucault, la “transformación de uno mismo por el propio conocimiento [...] algo cercano a la experiencia estética. ¿Para qué pintaría un pintor sino para ser transformado por su propio trabajo?” (Foucault, 2009: 97).

En contraste, el régimen de verdad sobre la escritura académica dictamina que un texto debe ceñirse a informar los resultados de un proceso de conocimiento que separó asépticamente al sujeto del objeto, para evitar contactos contaminadores entre uno y otro. En suma, las reglas para una escritura “normal” apuntan a la universalidad y la neutralidad y no a los devaneos estéticos de la experiencia.

De este modo, Karin Knorr Cetina plantea que “hoy es casi un lugar común decir que los científicos escriben en un lenguaje que es ostentosamente neutral. Los estudios de los textos científico ponen de

10 Según Michel Foucault, en la Grecia Antigua no era posible llegar a *saber* sin la transformación del sujeto (cfr. Foucault, 2001: 33). Para ello era necesario poner en marcha un conjunto de *prácticas de sí* (Foucault 1991: 61-63). Este mismo autor afirma que “mucho antes de Platón, mucho antes del texto de Alcibiades, mucho antes de Sócrates, había, por decirlo así, toda una tecnología de sí que estaba en relación con el saber” (2001: 59).

manifiesto estrategias comunes, como el uso de un lenguaje simple, la separación de la ‘información’ respecto de la interpretación, el uso de la voz pasiva y del ‘nosotros’ regio, la reduplicación (en el sentido de ofrecer las dos campanas de un argumento) y la evitación de enunciados de valor explícitos” (Knorr Cetina, 2005: 225).

Por otro lado, es preciso que la escritura alcance el mayor grado de claridad posible, y ello empieza, también, por el mismo título del texto. En tanto el compromiso del académico es, ante todo, un compromiso con la verdad, ésta debe presentarse clara, para lo cual será necesario evadir a toda costa las figuras retóricas puesto que tienden a la ambigüedad, la imprecisión y oscurecen el contacto con lo verdadero. Aclarar (por oposición a oscurecer), constituye una de las acciones más importantes del proceso normado de la escritura académica.

En esta vía, el lenguaje que se use debe encontrar la máxima fidelidad con el referente, debe reflejar el objeto a cabalidad (ser objetivo), y la experiencia de quien escribe se convierte en un obstáculo que es preciso vencer. El hecho, en cambio, es *presencia* indiscutible que habla por sí sola. De allí la relevancia asignada a los textos construidos rigurosamente sobre una base empírica, concretamente delimitada en el tiempo y el espacio.

El latido del texto

“Un cuerpo no está vacío. Está lleno de otros cuerpos, pedazos, órganos, piezas, tejidos, rótulas, anillos, tubos, palancas y fuelles. También está lleno de sí mismo: es todo lo que es.”

Jean-Luc Nancy (2007: 13)

Mucho más que un almacén de datos e ideas, el texto es un cuerpo todo lleno de movimiento; palpita, circula, digiere, metaboliza, desecha. Escribir es permitir que la vida irrumpa, como condición de creación en el texto. Esto tiene importantes implicaciones no solo en nuestra concepción de lo textual y lo discursivo, sino también en la de saber y pensamiento.

En la configuración del cuerpo del texto académico la argumentación ocupa un papel determinante, no a partir de la idea clásica de demostración o desde la lógica formal que se limita al examen de los medios de prueba demostrativa. En esta línea, Chaïm Perelman plantea que “los razonamientos no son ni deducciones formalmente correctas ni inducciones que van de lo particular a lo general, sino argumentaciones de toda especie que pretenden ganar la adhesión de

los espíritus a las tesis que se presentan a su asentimiento” (Perelman, 1997: 12).

En medio de una gran dispersión de elementos y acontecimientos de la experiencia investigativa, la argumentación opera de un modo selectivo, al elegir determinados elementos y darles forma y orientación para generar un efecto de *presencia* y *verosimilitud* en el lector, para ganar su adhesión. En su *Tratado de la argumentación*, Chaïm Perelman y Lucie Olbrechts-Tyteca dicen al respecto:

“El seleccionar ciertos elementos y presentarlos al auditorio da una idea de su importancia y su pertinencia en el debate. En efecto, semejante elección concede a estos elementos una *presencia*, que es un factor esencial de la argumentación, que con demasiada frecuencia han descuidado las concepciones racionalistas del razonamiento” (Perelman y Olbrechts-Tyteca, 1989: 192).

Así, la argumentación tiene lugar cuando se consigue *dar presencia*, “mediante la magia del verbo, a lo que está efectivamente ausente y que [se] considera como importante para su argumentación, o valorizar, haciéndolos más presentes, ciertos elementos ofrecidos real y verdaderamente a la conciencia” (Perelman y Olbrechts-Tyteca, 1989: 193-194).

De un conjunto posible de elementos y formas, quien escribe elige solo algunos que, para dar corporalidad al texto, requerirán de articulación, coordinación y plasticidad, como potencias del movimiento del cuerpo que se forma ante los ojos de quien lee y, a la vez, del cuerpo del lector mismo, en la medida en que se adhiera o asienta a los argumentos del texto. *Mover* al lector, persuadirlo, convencerlo de que aquello que lee es cierto, es el cometido de una buena argumentación. En el campo de la antropología, Clifford Geertz devela este carácter persuasivo y retórico de la escritura del etnógrafo:

“La habilidad de los antropólogos para hacernos tomar en serio lo que dicen tiene menos que ver con su aspecto factual o su aire de elegancia conceptual, que con su capacidad para convencernos de que lo que dicen es resultado de haber podido penetrar (o, si se prefiere, haber sido penetrados por) otra forma de vida, de haber, de uno u otro modo, realmente ‘estado allí’. Y en la persuasión de que este milagro invisible ha ocurrido, es donde interviene la escritura” (Geertz, 1997: 14). “Los etnógrafos necesitan convencernos [...] no sólo de que verdaderamente han ‘estado allí’, sino de que [...] de haber estado nosotros allí, hubiéramos visto lo que ellos vieron, sentido lo que ellos sintieron, concluido lo que ellos concluyeron” (Geertz, 1997: 26).

Ciertamente, hablamos del texto como un cuerpo, pero vale la pena agregar que se trata de un cuerpo vivo, y esta condición está dada por la posibilidad de tensión entre argumentación y *poiesis*¹¹. Allí, en el lugar de la tensión, se conforma, deforma y transforma la corporalidad del texto. Su deformación creativa está dada, pues, por la irrupción de la vida, por una *poiesis* que “agita el universo sedimentado de las ideas admitidas, premisas de la argumentación retórica. Esta misma ventana que abre lo imaginario perturba, a la vez, el orden de la persuasión, pues no se trata de zanjar una controversia como de engendrar una nueva convicción” (Ricoeur, 1997: 85). Aquí, el lenguaje se vale de la representación, pero lo hace de un modo diferente: “la *poiesis* del lenguaje procede de la conexión entre *mythos* y *mimesis*” (Ricoeur, 2001: 13). Lo anterior nos ofrece la idea de una producción discursiva en la que la convención consigue ser sacudida, agitada, desplazada.

Pero esta “agitación” no se produce, a fin de cuentas, por fuera del terreno de las superficies. La fuerza que da vida al texto no puede buscarse en un contenido desligado de la forma misma. En la búsqueda de las honduras, parafraseando a François Dagognet, lo fenomenológico tiende a descuidar las superficies, pretende ir a lo más profundo del cuerpo humano, pero ignora que en la superficie, en la epidermis, es donde yace la profundidad (*cfr.* Dagognet 2001: 41).

De modo que la analogía que inspira este trabajo no asume el cuerpo bajo la imagen de recipiente u objeto contenedor, como entidad vacía o incompleta que adquiere valor en la medida en que sea llenado¹². Este vaciamiento simbólico del cuerpo va acompañado del vaciamiento simbólico del mundo (*cfr.* Lander, 2002: 15); en este juego dicotómico, del mismo modo en que la mente doblega el cuerpo, la razón lo hace con el mundo. Estas imágenes de cuerpo y mundo obedecen a un logocentrismo que funciona con la noción de progreso lineal, en el cual el cuerpo viene a verse como obstáculo que debe someterse para trascender.

En contraste, asumimos el texto como superficie de inscripción de sucesos, en cuyas formas es posible observar marcas de acontecimientos pasados, conflictos y relaciones de fuerza (*cfr.*

11 *Poiesis* como elemento vivificador, como producción y creación. Lo que pretendo plantear aquí es que no solo hay *poiesis* en el arte, sino además en la producción discursiva del investigador que, para escribir, debe activar sus propias éticas-estéticas. Nótese que hablo de tensión entre argumentación y *poiesis*, mas no de dicotomía u oposición entre “saberes académicos” y “no-académicos”.

12 La representación de vida y muerte en la tradición judeo-cristiana está permeada de esta visión. De acuerdo con ella, cuando se muere, el alma abandona el cuerpo.

Foucault, 1992: 14). En el cuerpo del texto podemos apreciar cómo entran en escena diferentes reglas de regímenes de escritura no sólo para imponerse, sino también para ser trastocadas en su textualidad (corporalidad).

Al dibujar *lo normal* dentro del régimen de verdad de la escritura académica, es posible apreciar que las estrategias usadas para mantener sus reglas (objetividad, fidelidad al referente, universalidad, claridad, presencia del hecho, etc.) son, precisamente, estrategias de lenguaje, vinculadas con el uso u omisión de ciertas formas gramaticales y sintácticas, así como con el emplazamiento de fórmulas que ofrezcan, en un contexto argumentativo concreto, el efecto de presencia (demostrativa o deductiva) al hecho.

Los intersticios y las respectivas fugas del régimen derivan, precisamente, de esta condición: “la presentación de los datos no es independiente de los problemas del lenguaje” (Perelman y Olbrechts-Tyteca, 1989: 240). De modo que quienes escriben textos académicos enfrentan, indefectiblemente, problemas de lenguaje que pueden llegar a ser tan retóricos como en cualquier otro tipo de escritura. Así, la resistencia opera con el mismo material de las relaciones de poder: el lenguaje.

Si bien la publicación de artículos en revistas de carácter académico es puesta en función de la “organización, regulación y ordenamiento sistemático”¹³ de una escritura identificable como *académica*, en las superficies de los textos publicados es posible recuperar las procedencias de esa misma escritura que, lejos de reiterar la homogeneidad y la unidad, exhibe múltiples marcas y accidentes que nos ponen de cara al texto como un espacio de relación de fuerzas y luchas de las que participan saberes silenciados oficialmente.

Para que el empleo de una forma (sintáctica, semántica o pragmática) que se desvía de *lo normal* consiga ser *resistente*, debe — más que llamar la atención por su carácter insólito— agitar el texto y crear una tensión. De nada valdría aquí realizar un inventario con aquellas figuras retóricas que tendrían esa fuerza inmanente, ya que ésta nunca se produce por fuera de un contexto argumentativo¹⁴.

Es decir, la resistencia opera con las condiciones de posibilidad del texto, en tensión con el juego de reglas en el que se inscribe.

13 Característica de las coherencias funcionales que someten los saberes locales históricos, según Foucault (2000: 21).

14 Al respecto Perelman (1997: 17) dice: “Al examinar las figuras fuera de su contexto, como flores disecadas en un herbario, se pierde de vista el papel dinámico de las figuras; ellas se convierten en figuras de estilo”.

Ahora bien, la resistencia no constituye una abrupta oposición al régimen de lo normal, más bien deviene en el tránsito de una forma a otra (de-formación) del texto, en su trastocamiento creativo, en una tensión capaz de hacer —a pesar de y, a la vez, gracias a la agitación y la alteración— que el texto siga palpitando sobre una nueva forma y con otro ritmo que lo mantiene vivo.

Esto se da en la medida en que sea posible captar la argumentación en “el paso de lo habitual a lo inhabitual y el retorno a un habitual de otra índole, producido por el argumento en el momento mismo en que se acaba” (Perelman y Olbrechts-Tyteca, 1989: 273). Resistirse es alterar la normalidad del régimen en la particularidad del texto, sin que este se perciba como un cuerpo monstruoso, lo cual no solo introduce la diferencia en el texto como “pieza” del dispositivo de escritura, sino en el dispositivo como conjunto. Es así como en el seno del texto se produce una nueva habitualidad que dinamiza el régimen de verdad y sus esquemas de percepción.

Aunque las reglas de saber-poder ofrezcan la impresión de restricción rotunda, lo anterior sucede muy a menudo. Es cierto que el régimen de escritura académica produce artículos “normales” que cumplen cabalmente sus reglas —porque están adheridos a su voluntad de verdad o, simplemente, porque han sido dispuestos para acomodarse. Pero también es cierto que, sin salirse del todo de los límites —es decir sin dejar de ser considerados “artículos académicos”— algunos textos tienen el poder de resistirse creativamente; algunos de ellos sobreviven en la periferia y desde allí infectan silenciosamente el régimen. Al bordear los límites, estos textos corren el riesgo de la “monstruosidad” o, más aún, de exponerse a la muerte; en todo caso en esa exposición riesgosa reafirman la vida dentro del régimen.

Así, desde alguno de los bordes, el cuerpo de un texto alcanza a infiltrar algo de aquello que está por fuera de los límites dibujados por las reglas (las trastoca), y en esta acción se inyecta vida para que el adentro no lo ahogue. Esta es su primera resistencia: arriesgarse a la creación no como ornamento ni decoración sino como agitación de las ideas, de la fuerza del pensamiento que no encuentra en la normalidad discursiva un espacio para enunciarse y, entonces, va al límite, se expone, arriesga, bordea, crea y sigue latiendo.

Cuando un texto se sitúa en este lugar cumple un papel equilibrista. Una escritura así no está en la certeza del centro sino en la fragosidad de los límites. Para sobrevivir, para no rodar por el abismo, deberá entrenarse, llenar de vigor sus textos, robustecerlos y, a la vez, hacerlos lo suficientemente flexibles para sortear terrenos inciertos y escarpados; prepararlo para el ascenso a la montaña. En *Variaciones*

sobre el cuerpo, Michel Serres se refiere a la necesidad en la escritura de un ejercicio gimnástico:

“Porque la escritura es tan poco indulgente como la montaña, la mayoría de los paseantes escritores se hacen preceder de guías y rodear de cuerdas: citas-seguridades, notas-refugios, referencias-clavijas. El falso oficio consiste en multiplicar nombres propios; el de escritor real exige el cuerpo total y a su sola singularidad en compromiso solitario, el ejercicio gimnástico [...]” (Serres, 2011: 37).

En última instancia, hablamos del movimiento como condición necesaria para el acto de escribir porque cuando un cuerpo se paraliza, cuando ni savia, ni sangre, ni ideas circulan ya por él, el pensamiento se estanca y se aleja de la vida, en tanto fuerza activa. De manera que se hace indispensable “echar a andar” y, en el camino, buscar un ritmo propio, una *autopoiesis*, así nos tome la vida entera encontrarlos. Nadie podrá prescribir estos recorridos porque, como diría Fred Murdock en el cuento “El etnógrafo” de Jorge Luis Borges (1994), “esos caminos hay que andarlos”.

Andanza, ejercitación, esfuerzo, constancia y, al tiempo, búsqueda, contingencia, transformación, diferencia, poesía, danza, son todos componentes de una misma práctica. Marina Garcés lo plantea del siguiente modo:

“La pluma de un autor, como bien ha explicado Nietzsche, no es la firma de un propietario, sino el movimiento de un cuerpo al danzar. Los pasos de baile se aprenden y se practican, pero al fin cada cuerpo tiene su manera de ejecutarlos, su manera de infundirles, como decíamos, vida. Hasta la más austera de las plumas filosóficas, hasta la más impersonal y anónima de las escrituras tiene su tono y su estilo, si realmente ha hecho suyo el problema que está abordando y la necesidad de desplegar sus conceptos y transformarse con ellos” (Garcés, 2013: 32-33).

De la mano de Michel Serres (2011), asentimos frente a la idea de que exponerse fortifica y protegerse en exceso, debilita. No obstante, Adrián Cangi se percata de que “si un exceso de protección puede debilitar y enfermar a un cuerpo, la intensidad excesiva puede desgastarlo irreversiblemente” (Cangi, 2011: 23). El riesgo consiste en que, si bien el texto requiere de una considerable fuerza para latir, la exposición a demasiada tensión podría infartarlo. Y, sin embargo, yo creo que se trata de un riesgo que vale la pena correr en la lucha para escapar crítica y creativamente de las convenciones del saber y el poder.

Escritura como riesgo, escritura como experiencia, porque decir, escribir, pensar, “formar conceptos [son] una manera de vivir y no de matar la vida; [son] una manera de vivir en una relativa movilidad y no una tentativa por inmovilizar la vida” (Foucault, 1995: 14).

Bibliografía

- Blumenberg, Hans 2003 *Paradigmas para una metaforología* (Madrid: Trotta).
- Blumenberg, Hans 2001 *La inquietud que atraviesa el río. Ensayo sobre la metáfora* (Barcelona: Ediciones Península/HCS).
- Borges, Jorge Luis 1994 *Elogio de la sombra. Obras completas* (Buenos Aires: Emecé).
- Cangi, Adrián 2011 “Escribir el cuerpo: indicios, querellas y variaciones” en Serres, Michel *Variaciones sobre el cuerpo* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica).
- Castro-Gómez, Santiago 2005 *La Hybris del Punto Cero: ciencia, raza e Ilustración en la Nueva Granada (1750-1816)* (Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana).
- Clifford, James y Marcus, George (eds.) 1991 *Retóricas de la antropología* (Barcelona: Jucar Universidad).
- Dagognet, François 2001 “Por una filosofía de la enfermedad” en *Sociología* N° 24 (Medellín: UNAULA).
- Deleuze, Gilles 1987 *Foucault* (Barcelona: Paidós).
- Deleuze, Gilles 1992 “Los intelectuales y el poder, entrevista con Michel Foucault” en *Microfísica del poder. Más allá del bien y del mal* (Madrid: La Piqueta).
- Foucault, Michel 1990 *Tecnologías del yo y otros textos afines* (Barcelona: Paidós).
- Foucault, Michel 1992 *Microfísica del poder. Más allá del bien y del mal* (Madrid: La Piqueta).
- Foucault, Michel 1994 *Estética, ética y hermenéutica; obras esenciales* (Barcelona: Paidós).
- Foucault, Michel 1995 “La vida: la experiencia y la ciencia” en *Sociología* N° 18 (Medellín: UNAULA).
- Foucault, Michel 1999 *La verdad y las formas jurídicas* (Barcelona: Gedisa).
- Foucault, Michel 2000 *Defender la sociedad* (Buenos Aires: Fondo de cultura económica).
- Foucault, Michel 2001 *La hermenéutica del sujeto* (Buenos Aires: Fondo de cultura económica).
- Foucault, Michel 2010 *Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas* (México: Siglo XXI).
- Foucault, Michel 2005 *El orden del discurso* (Barcelona: Tusquets).
- Foucault, Michel 2009 *El yo minimalista y otras conversaciones* (Buenos Aires: La Marca Editora).
- Garcés, Marina 2013 “La estandarización de la escritura. La asfixia del pensamiento en la academia actual” en *Athena digital* (Barcelona: UAB) N° 13, marzo.
- Geertz, Clifford 1997 *El antropólogo como autor* (Barcelona: Paidós).
- Ginzburg, Carlo 1994 *Mitos, Emblemas, Indicios. Morfología e historia* (Barcelona: Gedisa).

- Knorr Cetina, Karin 2005 *La fabricación del conocimiento. Un ensayo sobre el carácter constructivista y contextual de la ciencia* (Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes).
- Kreimer, Pablo 2006 “Sobre el nacimiento, el desarrollo y la demolición de los papers” en Golombek, Diego (comp.) *Demoliendo papers: la trastienda de las publicaciones científicas* (Buenos Aires: Siglo XXI).
- Kreimer, Pablo 2011 “La evaluación de la actividad científica: desde la indagación sociológica a la burocratización. Dilemas actuales” en *Propuesta Educativa* (Buenos Aires) Nº 36 - Año 20, Vol. 2, noviembre.
- Lander, Edgardo 2003 *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales, perspectivas latinoamericanas* (Buenos Aires: CLACSO).
- Lepenes, Wolf 1994 *Las tres culturas. La sociología entre la literatura y la ciencia* (México: FCE).
- Marcus, George; Fischer, Michael 2000 *La antropología como crítica cultural. Un momento experimental en las ciencias humanas* (Buenos Aires: Amorrortu).
- Nancy, Jean-Luc 2007 *58 indicios sobre el cuerpo* (Buenos Aires: La cebra).
- Nietzsche, Friedrich 1970 “Sobre verdad y mentira en sentido extramoral” en *Obras Completas*, Vol. I (Buenos Aires: Ediciones Prestigio).
- Perelman, Chaïm y Olbrechts-Tyteca, Lucie 1989 *Tratado de la argumentación. La nueva retórica* (Madrid: Gredos).
- Perelman, Chäim 1997 *El imperio retórico* (Bogotá: Norma)
- Real Academia Española 2001 *Diccionario de la Lengua Española*, 22ª ed., acceso 20 de julio de 2013.
- Ricœur, Paul 1997 “Retórica, poética y hermenéutica” en *Cuaderno gris* Nº 2 (Madrid: Universidad Autónoma de Madrid).
- Ricœur, Paul 2001 *La metáfora viva* (Madrid: Trotta).
- Serres, Michel 2011 *Variaciones sobre el cuerpo* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica).